

PRÓLOGO

DAMIEN

La valla publicitaria más deslumbrante de Times Square anuncia las promesas vacías de un nuevo y mejorado somnífero que ya me ha fallado cientos de veces. En ella, un ejecutivo trajeado besa a una mujer semidesnuda segundos antes de saltar a un mar de plumas y entregarse a un sueño reparador.

Hace años me habría intrigado lo suficiente como para pedir una caja para un mes, pero por fin he aprendido la lección: he probado todos los medicamentos que hay en el mercado —Ambien, Temazepam (o cualquier cosa que termine en -am)— y ninguno ha mejorado un ápice mi padecimiento.

Puedo echar una cabezada o conciliar el sueño durante una hora sin interrupciones, pero hace años que no duermo una noche entera. Tanto los especialistas como los hipnotizadores me han declarado «un caso perdido» y «un insomne de alto rendimiento», condenado de por vida.

Desde que renuncié a luchar contra ello, trabajo envuelto en sombras hasta el amanecer, tensando las normas hasta casi romperlas; esta noche no va a ser la excepción.

Enciendo las luces del coche y toco la pantalla del navegador para asegurarme de que voy bien encaminado hacia mi próximo cliente.

Señora Warren: ¿Sigue en pie lo de esta noche?

Yo: Por supuesto. En cuanto termine con unos asuntos de trabajo de última hora.

Señora Warren: *Vale. Pues cuando llegues, puedes meterte hasta el fondo. No, no es un juego de palabras: he dejado la puerta abierta. :-)*

Me aseguro de que llevo todo lo que necesito, me dirijo al edificio y cojo el ascensor hasta el apartamento 33B.

Una silla de ruedas de gran tamaño y unas muletas custodian las puertas del armario; la pared está repleta de folletos de fisioterapeutas clavados con chinchetas de colores.

La señora Warren, una pelirroja despampanante, aparece sonriente frente a mí. Lleva una bata de seda negra, abierta de par en par, que deja ver un sujetador plateado y unas bragas a juego.

—Tengo una pregunta importante para ti, ya que eres profesor —dice, acercándose.

—Dime.

—¿Has leído alguna vez una novela romántica?

—Aún no.

—Bueno, pues en la que estoy leyendo ahora el protagonista coge a la chica y follan contra la pared —explica—. Me gustaría probarlo esta noche.

—¿No estabas recuperándote de una operación en la pierna?

—¿Por qué lo dices?

Señalo la silla de ruedas y las muletas.

—No ha sido muy difícil...

—Ah, eso... —Sacude la cabeza—. No, no es mío.

—Mmm. —La empotro contra la pared y deslizo una mano por sus muslos—. Entonces, ¿no te duelen las piernas?

—Ahora mismo no.

—¿No te duele nada? —susurro contra sus labios.

—No, a menos que te refieras a ese dolorcillo que solo tú puedes curarme. —Se sonroja—. Estoy en perfectas condiciones para follar, en serio.

—En ese caso, ¿por qué has demandado a tu exmarido por malos tratos? Has declarado que te ha ocasionado una incapacidad permanente para caminar.

—¿Qué?! —Palidece—. ¿De qué leches estás hablando?

—Le dijiste al juez que no podías acudir a la vista preliminar porque no podías andar —sonríó, dándole un golpecito en la pierna—. Debo de estar siendo testigo de un milagro.

—No me lo puedo creer... —Me empuja—. ¿Quién cojones eres?

—El nuevo abogado de tu marido —respondo—. Damien Carter, de Hamilton y Asociados.

—¿Ese hijo de puta ha contratado a alguien para espiarme? —Se anuda el cinturón de la bata—. Me dijiste que eras un profesor a tiempo parcial que quería echar un polvo.

—Y en cierto modo es cierto. —Señalo la pila de condones que hay sobre la mesa—. ¿Cuántas veces tienes pensado follar?

—Ninguna. —Señala la puerta—. Lárgate de mi apartamento. Ya.

—Te sugiero que llames a tu abogado mañana a mediodía y retires la demanda —propongo—. Ningún jurado te creerá después de ver el vídeo.

—¿Qué parte de «lárgate de mi apartamento» no has entendido?

—Te dejo mi tarjeta, por si alguna vez quieres ganar un pleito. —Se la deslizo con suavidad bajo el tirante del sujetador y me dirijo a la salida—. Sin rencores.

Cuando llego al pasillo, me cierra la puerta en las narices y me tomo mi tiempo para regresar al coche.

La veo a través de las ventanas abiertas, andando de un lado a otro, frenética, y hablando por teléfono, así que llamo a mi secretaria.

—¿Sí, señor Carter? —contesta al primer timbrazo.

—Le he enviado un vídeo por correo —digo—. Reenvíeselo al juez Harmon dentro de una hora.

—De acuerdo. ¿Va a regresar hoy al bufete?

—No, creo que tengo una cita.

—¿Eso cree? ¿A las tres de la mañana?

—Sí —respondo—. Hasta luego.

—Buenas noches, señor. —Cuelga y pongo el cronómetro en el reloj.

He trabajado en suficientes casos como para saber qué clientes guardan rencor y cuáles no. Cinco..., cuatro..., tres...

Señora Warren: ¿Sigues ahí? Voy a retirar la demanda contra mi ex.

Yo: Me parece una idea excelente.

Señora Warren: *Pueees... Si eres capaz de separar una cosa de otra, me encantaría terminar lo que hemos empezado. (Guardaré tu número como «Abogado cachondo»).*

Yo: Estaré ahí dentro de tres minutos. (Prefiero que lo guardes como «Abogado irresistible»).

1

*Negligencia (n): Omisión de la atención debida
propia de una persona razonable o prudente*

DAMIEN

El conductor que iba delante de mí tenía que estar borracho, loco o ciego. No había otra explicación para el modo en que su Honda frenaba y cambiaba de carril cada dos segundos.

«¡Aprende a conducir!». «¿Qué cojones haces?». «¿Que alguien llame a la policía!».

Los demás conductores le tocaban el claxon cada pocos metros, pero le daba igual; parecía decidido a hacer que los desplazamientos matutinos fueran aún más horribles de lo habitual.

En cuanto pude cambiar de carril, me alejé de él y de su ineptitud.

Puse en marcha los limpiaparabrisas y llamé al bufete.

—¡Buenos días, señor Carter! —saludó una mujer que no era mi secretaria—. ¿En qué puedo ayudarle en este lúgubre y lluvioso día?

—Jessica, le he dicho que deje de colarse en el escritorio de Michelle. Dígale que se ponga.

—Michelle se ha tomado unos días de asuntos propios para superar un par de cosas —respondió—. Su novio la dejó plantada en el altar, ¿recuerda?

—Mejor. No me gustaba.

—Eran la pareja perfecta —suspiró—. Si ellos lo han dejado, ¿qué esperanzas puede tener una solitaria como yo?

—Acechó usted a sus tres últimos novios y escondió cámaras en sus dormitorios.

—Es que los hombres ya ni se esfuerzan, ¿sabe? Todos los tipos a los que amo me abandonan sin motivo.

Me contuve para no decirle que, en realidad, no podía albergar ninguna esperanza: estaba loca de remate.

—¿Me puede decir qué tengo hoy en la agenda? —pregunté en vez de eso.

—Claro —respondió—. Lo primero es una cita con su terapeuta.

—Reprográmela.

—Lleva más de un año reprogramando esta cita. ¿No debería cancelarla?

—Ya he pagado la sesión.

—De acuerdo, la reprogramaré. Después, debe entrevistarse con los abogados recién licenciados.

—¿Qué? —Di un bocinazo cuando el Honda volvió a cambiar de carril—. ¿Entrevistas?

—Sí, entrevistas. Es la temporada de reclutamiento, ¿recuerda?

Mierda.

Sin saber cómo, la época más terrible del año había regresado antes de que me diera cuenta. Como una plaga de langostas, los abogados novatos se recorrían todos los bufetes de la ciudad con la esperanza de conseguir una nueva carrera con unas respuestas y un currículum reciclados.

—Juraría que le dije a Michelle que metiera en mi agenda una emergencia familiar para no tener que tratar con ellos.

—Buena idea, salvo por que no tiene familia —se burló—. Le daré puntos por el intento.

—¿Cuántas entrevistas tengo que soportar hoy?

—Cuatro antes de comer y dieciséis después. Mañana, veintiséis.

—Mañana voy a estar con gripe. Apúntelo en la agenda.

—No pienso hacerlo. Tiene seis llamadas de clientes programadas entre esas sesiones, y esta mañana han llamado para pedir una cita urgente. ¿Quiere que le lea la reclamación?

—No —respondí—. Ya la veré cuando llegue. Hasta luego.

Colgué pulsando el botón del volante.

Aquel iba a ser el último año que mi compañero y yo nos prestáramos a ese tortuoso ritual. Al fin y al cabo, nuestro bufete no se parecía a ningún otro de la ciudad, así que no tenía ninguna lógica que reclutáramos abogados como todo el mundo.

De repente, el Honda que me precedía redujo la velocidad, y de su tubo de escape salió una nube de humo negro.

Se abrió un hueco a mi izquierda y un camión encendió las luces traseras.

Sin dudarlo, cambié de carril y aceleré. Luego me puse delante del idiota del Honda.

Lo miré a través del retrovisor y comprobé que no era un «éb».

El parasol le ocultaba el rostro, pero alcancé a distinguir unos brillantes labios rojos con forma de corazón.

La conductora me hizo un gesto con el dedo medio y tocó el claxon.

—¡Piiii! ¡Piiii! ¡Piiii!

Escuché el chirrido de sus llantas detrás de mí y, de pronto, el humo negro cubrió mi parabrisas trasero.

Pero ¿qué cojones...?

2

Abandono (n): Acción o efecto de abandonar, rendirse o renunciar a una propiedad o a unos bienes

ELIZABETH

—Ha sido un golpecito de nada, imbécil —murmuré, mostrándole una vez más el dedo corazón—. Un golpecito.

El tipo del deportivo se creía el dueño de la carretera. Llevaba toda la mañana tan pegado a mi culo que me extrañaba que no hubiésemos chocado antes. En su matrícula podía leerse «NOCLPBLE», y eso me hizo pensar que era un friki que trabajaba en alguna empresa tecnológica o un CEO que se creía intocable.

Frustrada, me concentré en el cartel que señalizaba el desvío. Esa mañana estaba siendo un desastre, y no iba a permitir que fuera a peor.

Iba camino de Hamilton y Asociados, el bufete más exitoso de la ciudad, y necesitaba el trabajo.

En cuanto el semáforo se puso en rojo, pisé a fondo.

Mierda, no va.

El coche dio una sacudida y un espeso humo negro salió de debajo del capó y cegó el parabrisas.

«¿Qué leches ha pasado, señora?». «¿Está viva?». «¿Que alguien me ayude a sacarla!».

Me desabroché el cinturón e intenté abrir la puerta, pero no se movió.

Me apoyé en ella con el hombro, hice fuerza y por fin cedió con un horrible chirrido. Salí a la lluvia y me flaquearon las piernas. Alguien a mi espalda me rodeó con los brazos y me pegó a algo duro y cincelado.

—Conduces fatal, joder. —El desconocido me sujetó con más fuerza y percibí su embriagador aroma amaderado.

Me llevó a la vía de emergencia y tosí hasta que se me despejaron los pulmones. Cuando el humo se disipó, eché un vistazo a los daños: mi parachoques delantero y la parrilla estaban abollados, pero el deportivo era un montón de chatarra. El maletero estaba arrugado como un jersey y su luna trasera yacía hecha añicos sobre el asfalto.

—¿Eres daltónica? —preguntó esa voz grave desde atrás, haciéndome girar.

—¿Eh? ¿Qué quieres decir?

Inspiré hondo al contemplar su hermoso rostro: aunque tenía la mandíbula tensa y los ojos azules relucían de pura ira, el tío era la leche de sexy.

—Que si eres daltónica —repitió.

—¿Perdona?

—¿Eres —hablaba muy despacio, y parecía a punto de perder los nervios— daltónica?

—No.

—¿Te han declarado legalmente incapacitada?

—No.

—¿Estás enferma? —Negué con la cabeza—. Gracias por aclararlo. Ahora puedo demandarte sin remordimientos por haber destrozado mi coche favorito.

—¿Demandarme? —Me crucé de brazos—. ¿Y por qué no esperas a que llame a mi compañía de seguros, como una persona normal?

—Porque llevas el silenciador sujeto con una percha de alambre —respondió—. Dudo mucho que tengas seguro. ¿Lo tienes?

No.

—Sí —repliqué con voz firme—. Y, como abogada, no me hace ninguna gracia que hagas suposiciones o que me amenaces con una demanda que perderías.

—¿Eres abogada?

—Una muy reconocida. —Me miró con incredulidad—. Preferiría solucionar esto sin involucrar a terceros —dije, recordando mi entrevista—. Permíteme que te abone los daños directamente.

—De acuerdo, Señorita Abogada. —Sacó una foto de su coche antes de hacer una llamada.

Lo miré mientras hablaba: su traje, su reloj y sus zapatos de cuero italiano debían de costar más de lo que yo iba a ganar en los cinco próximos años juntos, y por alguna razón me resultaba vagamente familiar.

¿Dónde he visto antes a este tío?

Su mirada severa me dejó clavada en el sitio, pero la adrenalina que recorría mis venas me dio fuerzas para acercarme. Le echó un vistazo a mi vestido y me di cuenta de que sentía lo mismo que yo.

—Vale, gracias. —Colgó—. Ya me darán el presupuesto definitivo cuando lo lleve al taller, pero, basándome solo en lo que se ve, serán al menos setenta y ocho mil.

—¿Dólares?

—No, dónuts. —Puso los ojos en blanco—. Sí, setenta y ocho mil dólares.

—Pues, en ese caso, deberías comprarte un coche nuevo.

—¿Perdona?

—Aunque tuviera ese dinero, y no lo tengo, es demasiado para una reparación. —Miré hacia su coche—. E igual el dinero no es un problema para ti, pero para mí...

—Basta —interrumpió—. Voy a llamar a la policía para que redacten el atestado y tú vas a contactar con tu compañía de seguros.

—¿Ahora?

—Sí. Ahora.

Saqué el teléfono como si eso fuera a pasar.

—Tengo una idea mejor. —Le tendí la billetera—. Puedes quedarte con mi cartera.

—¿Llevas ahí setenta y ocho mil dólares?

—No.

—Pues quédatela. —Me fulminó con la mirada—. Y llama a la compañía de seguros.

—Me he dejado el teléfono.

—Lo tienes en la mano. —Lo señaló—. Llama de una vez.

—Mmm... —Di un paso atrás, y él dio un paso adelante.

—Señorita Abogada —rechinó los dientes—. Haz. Esa. Llamada.

—Vale, vale. Ya voy.

—¿Cuál es tu compañía de seguros?

Le tiré la cartera y corrí hacia el coche, dejándolo con la palabra en la boca. Abrí el maletero, cogí el maletín y el paraguas y bajé la rampa de salida lo más rápido que pude.

Cuando estuve segura de que nadie me seguía, me detuve en el siguiente semáforo y llamé a un taxi.

No me iba a perder esa entrevista por nada del mundo.

3

Prueba espuria: En un proceso penal, información obtenida por medios ilegales o prueba conseguida mediante incautación

DAMIEN

Más vale que esa mujer haya ido a un cajero.

Me quedé plantado en el puente mientras la lluvia me empapaba el traje, mirando fijamente en la dirección en la que había huido la sexy conductora psicótica, y esperando que volviera y gestionara la situación como era debido.

Era el primer accidente que tenía en mi vida, y me negaba a admitir que podía acabar sin resolverse por los cauces legales. Esa no era la forma en que me gustaba hacer las cosas.

Tras esperar diez minutos a que volviera, regresé al coche y cogí el maletín a través de la ventanilla trasera destrozada.

Me acerqué al vehículo de la Señorita Abogada por pura curiosidad y miré por la ventanilla del copiloto: tenía un puñado de post-it pegados en la guantera, llenos de recordatorios, el volante estaba forrado con estampado de leopardo y de la palanca de cambios colgaban unos cables rojos y negros.

Es imposible que esta mujer tenga seguro.

Abrí la cartera que me había dejado, escuchando a lo lejos el sonido de las sirenas. En las ranuras para las tarjetas de crédito había tarjetas de visita de varios bufetes, y donde debería haber estado el dinero había más tarjetas de visita de bufetes, como si las coleccionara como las gemas del Infinito. También había un bono de metro caducado, una tarjeta regalo de una tienda de *delicatessen* del West End y dos condones de los que brillaban en la oscuridad.

De tamaño medio.

No me puedo creer que me haya dejado esto sin despeinarse.

—¿Caballero? —Alguien a mi espalda me tocó el hombro—. Caballero, ¿es usted una de las partes implicadas en el accidente? —Me giré y vi a un policía que me resultaba familiar—. Ah, es usted, señor Carter. —Sonrió—. ¿Puedo ayudarle en algo?

Emitiendo una orden de arresto.

—Una... —Me detuve un instante. Era absurdo cobrarme venganza en ese momento—. Necesito un informe para el seguro y una grúa para los dos coches.

—¿Dónde está el conductor del Honda?

—Ha ido al hospital. —Decidí darle un voto de confianza—. No ha querido esperar a la ambulancia.

—Bueno, la grúa ya está de camino —anunció—. ¿Quiere que le lleve?

—Eso sería estupendo.

—Deme un segundo. —Tomó fotos pulsando en la pantalla de su *tablet*—. ¿Puede describirme al otro conductor?

Endiabladamente sexy.

—Era una mujer.

—Mmm..., ¿puede darme algunos detalles más? —Pulsó el botón del bolígrafo—. ¿Color de ojos, altura, pelo?

—Sobre uno setenta de altura, ojos verdes y pelo oscuro y ondulado hasta los hombros. —*También tiene una boca con unos labios perfectos en forma de corazón y un cuerpo digno de adoración.*

—Por casualidad no le habrá dado su nombre, ¿verdad?

—Señorita Abogada.

—¿Eh?

—No —me corregí—. No ha llegado a hacerlo, pero no voy a presentar cargos.

Miró los daños.

—¿Está seguro?

—Desgraciadamente, sí.

—Es usted mucho mejor persona que yo. —Imprimió una multa antes de acompañarme a su coche patrulla—. Si yo tuviera un coche así, estaría planeando su asesinato.

Hay cosas mucho peores que eso.

Después de tres atascos, por fin atravesé la puerta de Hamilton y Asociados.

—Buenos días, Damien. —Mi compañero y único amigo, Andrew Hamilton, me recibió con dos tazas de café en las manos—. Llegas tarde.

—He tenido un accidente, Rey de las Obviedades. —Extendí la mano para coger una de las tazas, pero no me la dio.

—¿Con qué coche?

—Con el McLaren.

—¿Ha sido muy grave?

—No quiero hablar de ello. —Volví a extender la mano hacia el café—. ¿Uno de esos cafés no es para mí? —A modo de respuesta, le dio un sorbo a cada uno de ellos mientras íbamos hacia su despacho—.

Por eso no tienes amigos.

Se rio y los dejó sobre su escritorio.

—He repartido entre los dos las entrevistas de hoy y he dejado algunas para que las hagamos juntos.

—Recuérdame por qué no son los de Recursos Humanos los que hacen esto.

—Porque están cansados de que despedamos a todos a los que contratan antes de una semana —respondió—. Pero una de las entrevistas te va a encantar. Le escribiste una carta de recomendación de la hostia.

—¿Qué has dicho?

Cogió una hoja de papel y se aclaró la garganta.

—«Esta persona es una excelente opción. Su pasión por la ley es única y es la mente más impresionante a la que he tenido el privilegio de enseñar en Harvard».

—¿Es una broma adelantada del Día de los Inocentes?

—«Si no se anima a contratarla —continuó leyendo—, será el mayor error que haya cometido. Además...»

Negué con la cabeza mientras él seguía leyendo, más confuso de lo que había estado en la vida. Solo había dado clases *online* en Harvard, y nunca había escrito una carta de recomendación, y mucho menos había sentido la necesidad de hacerlo.

Cuando leía la mayoría de los trabajos de mis alumnos, me asombraba que hubieran conseguido entrar en la universidad,

y repartía aprobados raspados y suspensos como si fueran caramelos.

—También calificaste a esta persona con un sobresaliente.

—Vale, se acabó —puse fin a la broma—. Jamás le he puesto un sobresaliente a nadie, Andrew. Han debido de copiar y pegar mi nombre por error en una carta destinada a otra persona. Así que está claro que este tío no ha hecho los deberes y que podemos cancelar la entrevista.

—Es una mujer.

—Es un fraude —repliqué—. Y ahora que lo pienso, me empieza a doler la espalda por el accidente. Debería tomarme el día libre e ir al médico.

—Que ni se te ocurra.

—¿Qué puñetas pasa? —preguntó Jessica, entrando en el despacho—. Ya llevamos hora y media de retraso. ¿Quién de ustedes va a encargarse de la primera entrevista?

—Él —respondimos a coro.

—¿En serio? —Se cruzó de brazos—. ¿Tanto odian las entrevistas? —El silencio fue nuestra única respuesta—. Vale. —Sacó una moneda—. Pues lo echaremos a cara o cruz.

4

Contrainterrogatorio (n): Oportunidad del abogado (o parte no representada) de interrogar a un testigo que ya ha declarado para la parte contraria

ELIZABETH

Tenía el corazón atascado en la garganta y cada pocos segundos miraba por encima del hombro para comprobar si el Señor No Culpable estaba siguiendo mi taxi.

En cualquier otro momento me habría quedado y habría tratado de entablar conversación; quizá habría fingido que proveníamos del mismo ambiente y habría intentado que me pidiera una cita. Aunque parecía la clase de tío que tenía una larga lista de mujeres que iban detrás de él.

—¿Está escapando de la policía o algo así, señorita? —La mirada del conductor encontró la mía a través del espejo retrovisor—. ¿Quiere que vaya más rápido?

—No, estoy bien. —Me obligué a sonreír—. Solo nervios previos a la entrevista.

—Ah, ¿tiene una entrevista en ese bufete? —preguntó—. Parece muy joven...

—Me gradué antes de tiempo.

—Impresionante. —Sonrió—. Debe de ser una gran abogada para que la hayan citado en ese lugar. He oído que es el mejor.

—Yo también...

Intenté no seguir con la conversación. Quería mantener al mínimo mi cupo de mentiras, y hasta ese momento había dicho la verdad. La de otra persona, eso sí.

—Serán sesenta y tres dólares con ochenta centavos. —Detuvo el taxímetro—. No le cobraré la siguiente manzana porque estamos en un atasco.

—Muchas gracias. —Abrí la puerta y saqué el paraguas.

—¿Va a pagar en efectivo o con tarjeta de crédito?

—Será en efectivo, pero... va a tener que ser la semana que viene.

—¿Qué?

—Deme su número de licencia y le juro que le pagaré si consigo este trabajo. Deséeme suerte. —Salté del coche antes de que pudiera detenerme, sorteé turistas, esquivé charcos y corrí calle abajo.

Subí los escalones de piedra que conducían al reluciente edificio de cristal que albergaba Hamilton y Asociados con unos minutos de margen; abrí las puertas de un empujón y contuve un suspiro al mirar el deslumbrante vestíbulo de mármol.

—Bienvenida al bufete —sonrió una mujer morena tras el mostrador de recepción—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Tengo cita para una entrevista a las nueve y media.

Abrí el maletín, busqué la carta impresa y se la tendí.

Escribió algo en una hoja y me acompañó al ascensor; pulsó un botón y me indicó que entrara, pero no se unió a mí.

—Buena suerte, señorita Tanner.

—Gracias.

Me quedé mirando mi reflejo en las puertas de espejo y me atusé los rizos.

La cabina se detuvo bruscamente y las puertas se abrieron para dejar ver un cartel con una flecha que apuntaba a la izquierda. La seguí hasta una colosal sala de reuniones rodeada de unos magníficos ventanales.

En el centro había una mesa larga, con una silla en cada extremo, y, frente a ellas, carpetas y bolígrafos.

—Enseguida vendrán a entrevistarla, señorita Tanner. —Una mujer muy guapa vestida de gris me acercó una silla—. Su entrevistador no suele llegar tarde, pero ha tenido un pequeño problema con el coche esta mañana.

Me mordí la lengua antes de decir: «*Como yo*».

Dejó una jarra de café en el extremo opuesto de la mesa y una taza cerca de mí.

—Espere un momento —la detuve cuando fue hacia la puerta.

—¿Sí?

—La esposa del señor Hamilton es Aubrey Everhart, la exbailarina mundialmente famosa, ¿no?

—Mmm, sí... —Me dedicó una mirada confusa—. ¿Por qué?

—Me he estado documentando desde que recibí la carta con la cita —respondí—. He visto algunas de sus actuaciones en YouTube, y..., bueno, solo quería causar una buena primera impresión.

Me miró fijamente.

—Estará con usted en breve.

Dejé el maletín en mi regazo y jugueteé con la hebilla, nerviosa.

Basta, Elizabeth. Concéntrate. Eres abogada. Un abogada fantástica.

Dejé el maletín en el suelo, levanté la vista y repasé mentalmente las notas que había tomado para mantener una charla trivial.

La puerta se abrió instantes después y sonreí, preparada para halagar al señor Hamilton explicándole lo mucho que admiraba su carrera, pero el hombre que entró era más alto y tenía el pelo más oscuro, no llevaba alianza en la mano izquierda y sus labios, conocidos e inolvidables, eran los mismos que había visto hacía menos de una hora.

El Señor No Culpable.

—Buenos días y bienvenido a... —Dejó de hablar en cuanto me vio. Me miró fijamente y una lenta sonrisa se dibujó en sus labios—. Hola de nuevo, Señorita Abogada.

—Eeh... —Me debatí unos segundos entre quedarme y salir corriendo. No me había preparado para un fallo en mis planes de ese calibre—. Buenos... —Me quedé sin aliento—. Buenos días.

Sin dejar de mirarme, se dirigió al otro lado de la mesa y tomó asiento. Cogió una carpeta y la abrió.

—Entonces, ¿se llama Elizabeth Nicole Tanner? —preguntó. Lo único que pude hacer fue asentir. Se había cambiado de traje desde la última vez que nos habíamos visto, y con ese estaba aún más bueno—. Mmm. —Cogió la jarra, se sirvió una taza de café y se la llevó a los labios. Dio un largo sorbo y no dijo nada. Se limitó a mirarme.

—Esto... —Me aclaré la garganta—. Esperaba reunirme con el señor Andrew Hamilton.

—Ah... —Ladeó la cabeza y sonrió, dejando ver una dentadura perfecta y de un blanco nacarado—. ¿Y eso por qué? —Me quedé contemplándolo, incapaz de pronunciar una sola palabra. Ese hombre

era la perfección hecha carne lo mirara por donde lo mirara—. La verdad, le irá mejor si hago yo la entrevista. La tasa de contratación del señor Hamilton es del cero por ciento.

—Ah, vale. —Tragué saliva—. ¿Y cuál es su tasa de contratación?

—Uno por ciento.

—Entonces, supongo que debería irme.

—Por supuesto que no, Señorita Abogada. —Le dio otro sorbo al café—. Y menos con la mañana que hemos pasado juntos.

Se quitó la chaqueta sin dejar de mirarme; se desabrochó los gemelos y se remangó la camisa, dejando al descubierto una piel llena de tatuajes bellamente dibujados.

Como si se diera cuenta de que no podía apartar la mirada, se subió un poco más las mangas y se aflojó la corbata gris de seda.

—¿Quiere saber una cosa antes de empezar la entrevista? —preguntó.

—No.

—Bien. —Se echó hacia delante—. ¿Es consciente de que abandonar la escena de un accidente es un delito?

—Depende del país...

—Me refiero a aquí, en América, señorita Tanner.

—Sí, soy consciente de que es un delito.

—Bien, porque el caballero que la ha sacado del coche estaba bastante afligido porque su primer accidente haya sido con alguien que se ha dado a la fuga.

—Creo que estaba más preocupado por los daños de su coche...

—Espero que tenga un plan de pagos en mente... —Se hizo un silencio entre nosotros, y una tensión palpable inundó la sala. Tamborileó con los dedos sobre las carpetas y miró el reloj, lo que me permitió echarle un vistazo a su cincelada mandíbula—. ¿Está nerviosa, señorita Tanner?

—Un poco, sí.

—¿Quiere un vaso de agua?

Asentí y él se levantó de la silla. Cogió la jarra que había en el centro de la mesa y sirvió un vaso. Luego llevó rodando la silla a lo largo de la mesa para acercarla a mí.

—Tome. —Me tendió el vaso antes de sentarse.

Mientras bebía, no pude evitar notar que el aroma de su colonia seguía siendo tan intenso y embriagador como antes. Tanto que tuve que forzararme para no inclinarme y olfatearlo.

—¿Por qué decidió convertirse en abogada, señorita Tanner? —Por fin una pregunta de verdad.

—Me apasiona entretener..., quiero decir, ayudar a la gente.

—¿Y por qué no se mete a voluntaria en un albergue para indigentes o en una organización benéfica?

—Porque me gusta ganarme la vida.

Dejó escapar una carcajada que me puso la carne de gallina.

—El señor Hamilton me ha enseñado una carta de recomendación excelente de un tal profesor Carter, de Harvard. —Me miró a los ojos—. Tuve que leerla tres veces para asimilarlo todo. Ese profesor debía de estar muy contento con usted.

—Así es —respondí—. Me puso el único sobresaliente de su clase.

—Impresionante. —Sonrió—. Y ya que se llevan tan bien, ¿podría facilitarme su correo o número de teléfono para verificarlo?

—No. —Tragué saliva—. No puedo.

—¿Por qué no?

—Porque está muerto.

—¿Ha muerto?

—Sí. —Me ardieron las mejillas, como si alguien hubiera subido de repente la temperatura a cien grados—. Fue algo muy repentino. Una tragedia.

—¿Cuándo ocurrió?

—No hace mucho...

—Entonces, ¿ese profesor le dejó una carta de recomendación en su testamento? —Cogí el vaso y di un largo sorbo de agua rezando para que pasara a la siguiente cuestión—. Le repetiré la pregunta. —No iba a dejar el tema—. ¿Su profesor le dejó una carta de recomendación en su testamento?

—No, la escribió después de graduarme. La he guardado hasta ahora.

—Eso es... —Hizo una pausa; parecía divertido—. Esa es una estrategia de defensa impresionante, señorita Tanner. Creo que esa carta dice mucho de su carácter, así que iré al grano. ¿Por qué no debería penetrarla?

—¿Qué?

—Que por qué debería contratarla. —Pronunció cada sílaba muy despacio, y con ello me confirmó que lo que había dicho antes no se parecía en nada a eso.

—Mi ética de trabajo es inigualable. De cinco estrellas —respondí—. Siempre trabajaré más que nadie, llegaré la primera, me iré la última y haré lo que sea necesario para cumplir con mi labor.

—Hablando de ética, ¿cree que la ley es perfecta?

—En absoluto.

—¿Cree que infringir la ley convierte a alguien en mala persona?

—Es una pregunta compleja.

—Responda sí o no.

—No. Violar la ley no convierte a alguien en mala persona, pero...

—Así que su respuesta es no —interrumpió—. Bien.

Pareció a punto de añadir algo, pero se contuvo. Me miró fijamente a los ojos y yo miré fijamente a los suyos y me perdí de nuevo en ellos.

Se echó hacia delante y yo lo imité, atraída por él de un modo inconsciente, como jamás me había sentido atraída por un hombre. Su mirada se posó en mis labios y levantó una mano, pero un golpecito en la puerta lo hizo reclinarsse en su asiento.

—Adelante —dijo, y entró la mujer morena que me había recibido.

—Siento interrumpir, pero su cita urgente ha llegado.

—Dígale que estaré ahí en un minuto.

—También hay un taxista enfadado gritándole a la recepcionista de abajo —añadió—. Algo sobre que le debemos dinero.

—Yo me encargo. —Se levantó y me tendió la mano. Cogí mi maletín y se la estreché; al instante, algo como una descarga eléctrica me recorrió la piel y él soltó un gemido bajo, lo que me confirmó que también lo había sentido.

—Ha sido interesante conocerla, señorita Tanner —dijo, aún estrechándome la mano—. Y conste que he dicho en serio lo del plan de pagos. Puede enviarme por correo sus sugerencias con unos plazos respetables.

—Lo mismo digo, señor... La verdad es que no he captado su nombre.

—Ni falta que le hace. —Me soltó la mano y abrió la puerta—. Adiós, señorita Tanner.

5

***Móvil (n):** Causa probable por la que se comete un delito, como celos, envidia, codicia, venganza o parte de un robo*

DAMIEN

Tiré el currículum de la señorita Tanner a la basura.

Incluso aunque no hubiera sido una farsante, no me habría atrevido a contratarla. Durante la entrevista solo había llegado a hacerle cuatro preguntas de verdad porque estaba demasiado excitado y distraído con su presencia. Cada vez que daba un sorbo a su taza o que sus mejillas se enrojecían por una mentira, me imaginaba follando con ella contra las ventanas mientras la agarraba del pelo.

Así que mejor no.

Fui hasta la sala de conferencias y me recolequé la corbata antes de abrir la puerta.

—Buenos días. —Le tendí la mano a una mujer con un traje color crema—. Soy Damien Carter.

—Sé quién es —sonrió—. He pedido específicamente que me atendiera usted. Yo soy Winter Matthews.

—¿En qué puedo ayudarla, señorita Matthews?

—Alguien ha plagiado mi trabajo y está ganando millones con él, así que quiero demandarlo y quitarle hasta la camisa.

Intrigado, le indiqué que tomara asiento y saqué un bolígrafo de la chaqueta.

—Necesitaré alguna prueba, pero cuénteme algo más sobre ese trabajo que le han plagiado.

—Con mucho gusto. ¿Sabe lo que es ver publicadas bajo el nombre de otra persona las palabras en las que has derramado sangre, sudor

y lágrimas? —Se le quebró la voz—. Es como si te robaran el alma. —Le di un Kleenex—. Mientras el ladrón acapara toda la atención, nuevos seguidores y premios, yo... —sollozó— languidezco entre las sombras.

—Bueno, tenemos un equipo especializado que se ocupa de las infracciones de derechos de autor —expliqué—. Me aseguraré de que se tomen en serio su caso.

—Bien, porque esta zorra ladrona tiene que caer. —Abrió los ojos de par en par y su tono cambió por completo—. Aquí están las pruebas. —Me tendió su teléfono—. Quiero verla con el mono naranja de reclusa y que me devuelva hasta el último centavo que haya ganado con mis palabras.

—Espere un segundo. —Miré la pantalla—. Creo que ha debido de tocar algo por error. Esto parece una cuenta personal de Twitter... o X.

—¿No me ha escuchado? —resopló—. ¡Me ha robado los *tweets*! Los ha copiado y los ha pegado palabra por palabra, línea por línea, emoticono por emoticono. —Dejé el teléfono—. El trece de octubre tuiteé: «En mi rutina, caminando para despejar las brumas de mi mente», y conseguí tres *likes*. Esta farsante escribió lo mismo dos semanas después y consiguió dos millones y medio de *likes*. —Parpadeé—. Si sigue subiendo, verá que semanas después de ese flagrante acto de plagio, escribí: «No me gusta la falsedad. Soy demasiado auténtica», y me dieron veinte ocho *likes* y cinco comentarios. Ella añadió el emoticono de un corazón a mis palabras textuales y consiguió la mayor interacción de todos los tiempos. ¡De todos los tiempos!

Me levanté.

—Asegúrese de pasar por recepción al salir para que le validen el ticket del aparcamiento.

—Le estoy poniendo el caso del siglo en bandeja de plata, señor Carter —replicó—. Si la gente puede plagiar tuits, ¿qué será lo siguiente? ¿Libros?

—¿En serio piensa que nadie ha plagiado libros hasta ahora?

—Piense en todos los autores a los que ayudará si se encarga de mi caso. —Su mirada enloquecida me estaba asustando—. Tenemos que demandar a esta mujer tan a lo bestia que la gente busque en Google si está libre el artículo «el» antes de usarlo.

Salí de la sala con ella pisándome los talones, furiosa, pensando si debería llamar a mi contacto en el departamento de Psiquiatría.

Por suerte para ella, Jessica me mandó un mensaje para que regresara a la sala de entrevistas.

Cuando entré, Andrew tenía la mirada perdida y parecía tan abatido como yo.

—¿Tan mal ha ido la primera entrevista? —Tomé asiento a su lado.

—Me habría conformado si solo hubiera ido mal —respondió—. Creo que estamos enfocando fatal todo este proceso. Quizá deberíamos echar a toda la plantilla de Recursos Humanos y hacer que el nuevo equipo se encargue de esto.

—Tendrías que despedir a Jessica para conseguirlo.

Pareció considerar la idea, aunque yo sabía de sobra que eso jamás iba a ocurrir. Estuviera loca de remate o no, formaba parte de aquello tanto como nosotros.

Antes de que pudiera contarle el desastre de mi clienta urgente, entró en la sala el siguiente candidato, un tipo de Yale vestido con un traje gris.

—Buenas tardes, señor Hardman —saludé—. Bienvenido al bufete. Soy Damien Carter, y este es Andrew Hamilton.

—Encantado de conocerle. —Andrew ni siquiera se esforzó por darles a sus palabras un tono convincente—. ¿Por qué deberíamos considerar su candidatura?

—Bueno... —Tomó asiento—. Creo que podría mejorar su reputación en esta ciudad.

—¿Mejorarla?

—De hombre a hombre..., quiero decir, de hombre a hombres, todos en esta ciudad los desprecian, y creo que es porque, visto desde fuera, se enorgullecen demasiado de ser los mejores. —Andrew y yo intercambiamos una mirada; el señor Hardman deslizó una de nuestras tarjetas de visita por la mesa—. Hablo de cosas como esta. Sus tarjetas de visita dicen «Bienvenido al bufete», y nada más. Como si no hubiera otros en la ciudad. Ni siquiera tiene número de teléfono.

—Yo diseñé esas tarjetas —repliqué—. Y nuestros clientes no tienen problemas para encontrarnos.

—Es comprensible, pero mi generación es la de las redes sociales, y nos gusta disfrutar de una conexión que vaya más allá del trabajo.

Queremos sentir que se preocupan por nosotros mucho después de que el dinero cambie de manos. Queremos que nos consuelen siempre que...

—¡Fuera! —exclamamos Andrew y yo al unísono.

—¿Qué?

—¡Ahora! —dijimos a coro una vez más, y él nos fulminó con la mirada antes de salir de la sala.

—Mmm. —Cogí la tarjeta de visita y me quedé mirándola—. ¿Te gustan nuestras tarjetas?

—Me encantan nuestras tarjetas.

—¿Deberíamos añadir la información de contacto?

—Hace años que te dije que lo hicieras.

—Y quizá por eso no lo hice.

—¿Treinta segundos? —Jessica irrumpió en la sala—. ¿Le han hecho alguna pregunta al señor Hardman o se han limitado a intimidarlo para que se fuera cuando ha dicho algo que no les ha gustado?

—Se ha metido con las tarjetas de visita del señor Carter —sonrió Andrew—. Me he ofendido en su nombre.

—Vale, se acabó. —Cogió una silla—. Háganme sitio. Pienso quedarme aquí sentada mientras entrevistan a los demás.

El resto de los candidatos se dividían entre los aburridos y los poco inspiradores, y yo me pasé el tiempo reproduciendo en mi mente la entrevista con Elizabeth. Estuve tentado de programar una segunda cita para verle la cara por última vez y hacer que se enfrentara a sus atroces mentiras.

—Vale —dijo Andrew después de que se fuera el último candidato—. Yo hoy no voto por ninguno, ¿y tú?

—Yo igual.

—¿Qué pasa con la señorita Tanner?

—Solo ha venido para agradecerarnos la oportunidad. —Me negaba siquiera a permitir que lo considerara—. Ha recibido una oferta que no podía rechazar de otro bufete, así que no podemos contratarla.

—Eso es mala suerte.

No, eso es necesario.